

**Delphine Horvilleur**  
**Madres, hijos y rabinos**  
Sexo, transmisión e identidad  
en el judaísmo

Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide 

## Introducción: ¿Pertenece, tenerse aparte?

No hay un comienzo; fui engendrado, cada cual a su tiempo, y desde entonces solo hay pertenencia. Lo he intentado todo para sustraerme, pero nadie lo ha conseguido. Todos somos añadidos.

*Pseudo*, ÉMILE AJAR

Ya desde las primeras líneas de su novela, Romain Gary —bajo el pseudónimo de Émile Ajar— lleva al paroxismo lo que fue su intento de ser otro en la escritura.

El protagonista de *Pseudo*, escritor excéntrico con múltiples identidades, deplora la imposibilidad de la autogénesis. El ser humano comienza siempre en otra parte, a partir de otros, de los que está irremediabilmente contaminado. Pero ¿cómo romper esos vínculos que encadenan y aprisionan? ¿Cómo dejar atrás la filiación que Ajar denomina «pertenencia»? A lo largo de la novela se busca unos padres nuevos y hasta se proyecta fuera de sí mismo, más allá de la especie humana, con el fin de soslayar cualquier nexo plausible. «Entonces me convierto en pitón, en ratón casero, en perro, en lo que sea con tal de demostrar que no estoy vinculado a nada.»

Lo que sea con tal de construirse sin ataduras, ni familia, ni pueblo, ni especie.

A su manera, nuestra época es heredera de los fantasmas de Gary. A las primeras de cambio se denuncian las aliena-

ciones, en particular las relativas a la familia, y se ensalza el principio de liberación del individuo en nombre del derecho que cada cual tiene, desde la infancia, a la autodeterminación, a liberarse del yugo impuesto por el nacimiento.

¿A quién pertenece el niño? «A nadie salvo a sí mismo»,<sup>1</sup> según afirma la Declaración de los Derechos del Niño. En nombre de esta autodeterminación se pretende proteger a los más pequeños de las creencias de sus padres o madres, muy especialmente cuando estos desean «marcarlos» con una señal religiosa física o verbal (circuncisión, bautismo...). Habría, pues, que protegerlos en aras de un «dejemos que tomen sus propias decisiones a su debido tiempo».

La paradoja de esta proclamada preocupación por la infancia es que socava una realidad del desarrollo psíquico de cualquier ser humano: nadie es capaz de evolucionar sin anclajes culturales, ya sean estos sensoriales, lingüísticos o relacionales. Dichos lazos representan unas trabas descomunales para el potencial infinito de una persona. Como si se tratara de una célula madre todopoderosa que deja de serlo al diferenciarse, restringiendo así definitivamente el campo de sus posibilidades, el niño encuentra obstáculos que se convierten en impedimentos para su ascenso.

Sin anclajes, el niño en desarrollo no posee futuro alguno. Debe saber que forma parte de un «nosotros» mucho antes de poder decir «yo». De hecho, para él esta huella es la condición para acceder al lenguaje.

Lo que caracteriza al ser humano no es su lenguaje, una capacidad significativamente extendida en el mundo animal, sino el hecho de que necesita a otro congénere para adquirirlo.

La paradoja de la condición humana radica en que solo podemos llegar a ser nosotros mismos bajo influencia de otros. Boris Cyrulnik lo plantea en estos términos:

El niño de nadie será nadie. Necesita a alguien para ser alguien. Un recién nacido sin pertenencia está condenado a morir o a un mal desarrollo. Pero un niño con pertenencia está condenado a dejarse moldear por aquellos a quienes pertenece.<sup>2</sup>

Es la ambigüedad de la transmisión: la no pertenencia condena a muerte, y el exceso de pertenencia, a no ser jamás uno mismo. La conciencia de una pertenencia puede crear un sentimiento de continuidad y de vínculo entre generaciones, pero también puede pesar demasiado e impedir el surgimiento de un individuo abrumado por el peso de su herencia.

Frente a la fantasía de no pertenencia de algunos existe otra que hoy en día amenaza nuestra sociedad: la del repliegue identitario y su obsesión por lo colectivo, con el comunitarismo y el nacionalismo como hijos legítimos y formulados en primera persona del plural, como un «nosotros» generalmente enunciado en contra de un «ellos». En la asfixia del «yo», las raíces y las herencias colectivas se convierten en la única definición del individuo.

Aun siendo nuestras afiliaciones proteiformes y complejas, de pronto algunos ya solo son franceses «de pura cepa», musulmanes, judíos u homosexuales, identidades casi exclusivas o, en todo caso, sumamente prioritarias y monolíticas.

Rechazo a la pertenencia o exceso identitario. ¿Y si

ambos fenómenos fuesen en el fondo dos caras de una misma moneda? El sociólogo Jean-Claude Kaufmann observa dos consecuencias en el potente individualismo de nuestras sociedades. El individuo, dueño de su destino, padece una paradójica vulnerabilidad debido al alcance de las posibilidades.

Cada elección que hace, hasta la más minúscula, debe inscribirla paralelamente en un universo de sentido evidente, de propensión totalizadora. [...] El proceso identitario es una modalidad particular de la subjetividad en acción, consistente en fabricar, a cada instante, una totalidad significativa.<sup>3</sup>

En un sistema individualista poco tolerante con las normas impuestas desde arriba, algunos individuos se sentirían algo así como impelidos a consolidar otras nuevas para acallar todas sus voces interiores. La consolidación de una identidad única que significa el «todo» del ser sella por sí misma todas las grietas.

El discurso religioso fundamentalista desempeña muy bien esta función. Fomenta un único marco interpretativo del mundo y se presta a las mil maravillas a la ilusión de una identidad «íntegramente» definida por un sistema y, por tanto, integrista. El «yo» reunificado puede desaparecer, fagocitado por el «nosotros» de dogmas y códigos. Por eso el integrista tiene tal obsesión con la pureza de las ideas, las creencias o los cuerpos: se percibe en la fidelidad absoluta a un sistema intacto que lo precedió y que debe sobrevivirlo.

Muchos discursos religiosos vehiculan la idea de que la transmisión depende de la plena fidelidad de los hijos

a los padres, es decir, del no cuestionamiento de un sistema capaz de replicarse de generación en generación sin contaminarse. Según este marco conceptual, la identidad se vive como una clonación, y la absoluta rigidez de su duplicación es el origen de su legitimidad.

Por supuesto, esta identidad inmutable del «siempre ha sido así» es una ficción. Un célebre proverbio árabe afirma con sagacidad que «los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres».<sup>4</sup> Así pues, reescribimos nuestras historias y metabolizamos nuestras herencias, tanto si pretendemos liberarnos de ellas como si, por el contrario, aspiramos a serles plenamente fieles.

La transmisión de una identidad nunca es una réplica exacta. Al igual que en la reproducción sexual, en cada generación surge algo inédito a partir del encuentro con otro que nos fecunda y engendra novedad e imprevisto.

En el contexto de obsesión identitaria actual, me parece urgente que exploremos nuestras tradiciones religiosas y lo que estas dicen realmente de la transmisión y la construcción de una identidad. Este libro trata de hacerlo a través del prisma del judaísmo, una tradición con fama de estar obsesionada por la pertenencia al grupo. ¿El judío nace o se hace? ¿El judaísmo se transmite únicamente a través de la madre? ¿Por qué tienen tan mala prensa las madres judías? Estas cuestiones tradicionales, que hacen pensar en la influencia del grupo sobre el individuo, albergan en realidad interrogantes más profundos acerca de aquello que define una identidad. En otras palabras: ¿cómo «fabrica» el judaísmo hijos e hijas capaces de garantizar la perennidad de su transmisión, dejándoles al mismo tiempo «margen» suficiente para que el peso de las herencias no los sepulte?

Si el judaísmo sobreactúa en no pocas circunstancias el peso de las filiaciones, ¿no es precisamente para invitar a una desvinculación? Pongo un ejemplo: en las familias judías es frecuente ponerle a un bebé el nombre de un antepasado para honrar la memoria de alguien que ya no está.<sup>5</sup> Pero ¿qué hacer con el nombre de dicho antepasado cuando es portador de dramas o tragedias? ¿Hereda la criatura las historias que la precedieron? ¿Retoma el hilo de una existencia interrumpida en el pasado, en ocasiones, de manera trágica? ¿Es de veras oportuno plantar un fantasma en la cuna de un recién nacido?

Sí y no. Desde luego, se corre el riesgo de que el fantasma acapare esa vida nueva. Puede convertirse en un «Pseudo» que, como en la novela de Gary, encadene la vida del protagonista a la de todos aquellos con los que está vinculado merced a su nombre, impidiéndole existir más allá de esa pertenencia. Pero el peso heredado puede también trabar al individuo de tal modo que este sea capaz de extraer de su historia familiar los elementos de una navegación personal. En ese pasado hallará los recursos para su creatividad, para una superación a partir de una historia.

En este caso, el peso deja de ser un ancla que inmoviliza la embarcación en puerto para convertirse en la llave para una liberación del «yo», porque antes que él hubo otro «yo» que prolongar, que dejar atrás o al que oponerse. Este «pre-yo» podría resultar ventajoso, siempre y cuando no se transforme esta ascendencia en el todo de la propia identidad. Siempre y cuando, también, se sepa que la auténtica fidelidad es siempre una fractura parcial de la herencia.

Solo en la conciencia de pertenecer (*appartenir*) puede el ser humano tenerse aparte (*à-part-tenir*). No es una cuestión de «soslayar», como soñaba el protagonista de *Pseudo*, sino de aceptar que no se es tanto una suma como una secuencia matemática «definida por recurrencia». <sup>6</sup> A la manera de  $Uno + 1 = f(Uno)$ , el niño siempre es «función» de las generaciones que lo precedieron, es decir, que se constituye con ellas, a partir de ellas, incluso a veces contra ellas. A través de esta ecuación con múltiples incógnitas podremos explorar a continuación cómo los rabinos, por medio de sus mitologías, su pedagogía y su sexualidad, fabrican niños, es decir, sentido.